

En “mi” Bosque de los Recuerdos

Miro el reloj.

Apenas son las siete en punto de esta fría tarde de diciembre y la noche cerrada lo inunda y lo domina absolutamente todo.

Levanto mi vista cansada. Al fondo las luces navideñas de ese intenso color blanco y azulado que representan y simbolizan los colores de la bandera del municipio, me deslumbran. Son muy intensas, destacan con fuerza sobre los rótulos luminosos de los establecimientos comerciales que se sitúan a “sus espaldas” en esta parte central de la calle principal del pueblo.

Dejo caer suavemente sobre la mesilla de mi despacho el libro que estoy leyendo, “*El diablo en las colinas*”. Se trata de uno de los últimos que conformaron la obra del que fue para mí, el más grande de los escritores italianos del pasado siglo XX, César Pavese.

Inclino ligeramente la cabeza sobre el respaldo del butacón y sobre la contraportada del libro destaca una de las frases más importantes pronunciadas en su día por este gran escritor. Se trata de una frase que a modo de colofón conforma el punto y final a esta gran obra y que creo que fue, en definitiva, una forma final de descargar bruscamente su cansada y maltrecha conciencia “*la riqueza de la vida permanece en los recuerdos que hemos olvidado*”.

Intento encontrar algún sentido a estas palabras pero no lo logro de ninguna de las maneras posibles.

Y no lo logro porque es entonces, precisamente, cuando vienen a mí, con fuerza, muchos, pero que muchos pequeños pero inolvidables recuerdos directamente vinculados a los lugares de este municipio en el que he pasado cuarenta y cinco navidades de mí vida y que se desarrollaban en estas fechas.

Son esos recuerdos que comenzaban ese última día lectivo previo a las fiestas navideñas cuando salíamos como alma que lleva el diablo de esas escuelas ubicadas en el barrio de las Casas Nuevas, con sus paredes de ladrillo y esas altas ventanas que evitaban cualquier atisbo de distracción por nuestra parte y recuerdo como recorríamos ese desvencijado campo de fútbol que atravesábamos siempre en diagonal entre charcos helados y sempiternos bancos de niebla para llegar a esa Ermita rodeada, en aquellos años, por la nada, con su singular cruz sobre ese pedestal escalonado y con su Estrella de Navidad ya colgada sobre el arco abovedado de la fachada principal, indicándonos la proximidad de las fiestas que se acercaban. Recordé cómo pasaba inmerso en esa misma

carrera que nunca nos cansaba, frente a la que era la Casa Rectoral, con su imponente fachada de piedra, allí siempre tenía presente en mi mente ese estanque enorme ubicado en la parte central de su patio posterior al lado del pozo que reflejaba el árbol de navidad, nuestro árbol de navidad, sobre sus frías y transparentes aguas y recordé ese ansia con el que llegaba a mi casa expectante siempre por saber si ya se había repartido la “Calle Real”, sí, la Calle Real, esa Hoja que era en aquellos años, nuestro “periódico informativo” por excelencia en donde podíamos entre otras muchas noticias y acontecimientos del pueblo, consultar las que iban a ser las “escasas” pero siempre “deseadas” actividades que conformaban el programa navideño. Y entre todas ellas, sin ninguna duda la que era mi preferida, esas tardes ocupadas en sesiones de cine que se nos proyectaban en la vieja nave de los antiguos lavaderos ubicados cerca de la iglesia parroquial de San Juan.

En definitiva, recuerdos todos ellos de mis ya viejas navidades vividas en este municipio. Recuerdos que a diferencia de lo que he podido entender entre las complicadas palabras de Pavese, nunca podré olvidar, porque son momentos de mi vida que están labrados a fuego en mi mente.

Fue entonces cuando cerré los ojos y encontré la clave, la solución al por qué no entendía las palabras de este gran escritor y esa solución estaba en la misma etimología de la palabra “recuerdo”, sí, sin ninguna duda, la solución está en ese “re” que significa “de nuevo” y en ese “cordis” que se traduce como corazón.

Los recuerdos son todos aquellos momentos que “pasan nuevamente por nuestro corazón” a lo largo de toda nuestra vida, y en el fondo nuestra mente se ubica en el corazón porque lo realmente importante del recuerdo es el conjunto de emociones que genera en la persona que le tiene, en esos momentos concretos y en esas circunstancias especiales de nuestra existencia.

En mi vida, sin duda, un momento concreto, fue aquella fría tarde de lectura y una circunstancia especial, fue la ilusión de aquellas ya cada vez más lejanas navidades vividas en este municipio a principio de los años ochenta, cuando con apenas doce años de edad, todo es lo mejor y lo mejor es siempre lo que tienes, aunque apenas esto, no sea nada.

En definitiva la trilogía perfecta, Navidad, ilusión y con el paso inevitable de los años..... el recuerdo.

“La sombra del Trébol es ovalada”